

bres; hé aquí los espectáculos de todos los pueblos que no están gobernados por la dignidad que alienta la libertad, y por la razón que con sus predicaciones concluye por hacer santificar el orden.

Decía en una arenga Mr. Troplong, presidente del Senado: «El imperio es la consecuencia de la república,» y tenía razón; tanta razón como tengo yo al augurar, «que la república será la consecuencia del imperio.»

El republicanismo va al despotismo por la democracia; el absolutismo á la demagogia por el poder, y el moderantismo va á la democracia, pero sin la democracia.

El pueblo suele arrojarse en el despotismo, porque se le garantice la vida.

Otras veces se lanza en la república, huyendo de la opresion.

Solo el moderantismo puede garantizar una vida digna, y una existencia con bienestar.

## ARTICULO VII.

I. La democracia no tiene fórmula que no espante.—II. Censo electoral.—III. Definicion del moderantismo.—IV. La democracia no puede ser católica.—V. Apología de la riqueza.—VI. Llamamiento á las clases acomodadas.

### I.

LA DEMOCRACIA NO TIENE FÓRMULA QUE NO ESPANTE.

Por vida mia que este veneno atmosférico de re-  
criminationes mútuas empieza ya á ahogarme, y con  
permiso del Sr. Castelar arrojé por la ventana el ta-  
pete manchado de sebo, sobre el cual se habia ido  
planteando la cuestion, acaso contra la voluntad de  
todos, y entro de nuevo en el exámen de cuál de los  
partidos tiene un mejor criterio para resolver las cues-  
tiones sociales.

Volvamos, pues, al punto de partida. El Sr. Cas-  
telar publicó un folleto titulado: *La fórmula del pro-  
greso*. Yo hice, en mal hora, una critica de él, que no  
gustó al Sr. Castelar, empezando por negarle la pro-  
piedad del título. El Sr. Castelar, en vez de ponerse  
dignamente á la defensiva, porque ese era su papel,  
arremetió contra la doctrina moderada con la galan-

tería que todos han visto, y con su deplorable estension de siempre. ¿Qué es la fórmula del progreso? le preguntaba yo al Sr. Castelar. Hé aquí su contestacion:

«Comienza por acusarme el Sr. Campoamor por el título inmodesto de mi folleto, que se llama *La fórmula del progreso*. Esa acusacion seria muy fundada, si yo pretendiera haber, por un esfuerzo mio, encontrado la doctrina democrática. Pero esa doctrina no es mia, es la doctrina de mi siglo; no es mi aspiracion, es la aspiracion de la humanidad. Yo no he tratado de imponer mi pensamiento á mi edad, no; he dicho cuál es el pensamiento de mi edad; no he tratado de encontrar una doctrina, sino de difundir y popularizar una doctrina ya encontrada, *definida y concreta*. LA DEMOCRACIA ES LA FÓRMULA DEL PROGRESO.»

Para dar definiciones no hay un escritor más ingénuo ni menos ingenioso que el Sr. Castelar: preguntadle, por ejemplo, qué es la democracia, y os contestará «que *la fórmula del progreso*.» Volved á preguntarle qué cosa es la fórmula del progreso, y os replicará «que *la democracia*.» Siempre el círculo vicioso de aquel chispeante escritor amigo nuestro, que decia: «que no trabajaba porque no tenia dinero, y que no tenia dinero porque no trabajaba.» Y todas las ideas del Sr. Castelar son como esta definicion, informulas, y, lo que es peor todavía, informulables.

## II.

## CENSO ELECTORAL.

Pero en fin pasemos por que ya sabemos que la fórmula del progreso es la democracia, y que la democracia es la fórmula del progreso; lo cual seguramente no aumentará gran cosa el caudal de nuestros conocimientos.

Lo cierto es que en el curso de la polémica se han suscitado un gran número de cuestiones importantes, y que despues de haber probado yo al Sr. Castelar que la democracia es igual á la fórmula del progreso, una coleccion de aspiraciones más ó menos atendibles, pero todas informulas, porque todas son informulables; solo me resta acabar de convencerle que la doctrina moderada, ó sea el criterio de los partidos medios, es el único cuerpo de doctrina formulable y formulado, lo mismo en el orden científico que en el moral, en el político que en el social, y que en el práctico.

No recuerdo en qué parte he dicho yo, que el doctrinarismo era una sintesis científica, un cuerpo de doctrina completo; á lo cual el Sr. Castelar me contestó dándome con la palmeta de catedrático la siguiente leccion:

«¿Quereis ver clara y manifiesta la sintesis del señor Campoamor? Voy á *traducirla* al lenguaje vulgar. Tesis democrática: gobierno de *todos*; antítesis absolutista: gobierno de *uno*; sintesis del Sr. Campoamor: los

que paguen *cuatrocientos reales de contribucion*, gobernarán en los comicios; los que paguen *mil*, gobernarán en la nacion. ¿Qué os parece la síntesis?»

Perfectamente bien, dirá el lector, solo que está *mal traducida*. Entre *uno y todos*, que son siempre fuente infalible de error, el moderantismo entrega la direccion de la sociedad á los *muchos*, ó, lo que es lo mismo, á los *mejores*. ¿Y por qué ha de ser garantía de acierto el pagar *cuatrocientos reales* de contribucion, ó, lo que es igual, ser un *poco rico*, pregunta el Sr. Castelar?—Porque de alguna manera hemos de conocer á los mejores; que son los que *trabajan*, y el trabajo no tiene otra manifestacion exterior más que la *riqueza*. Yo en este particular aceptaria la doctrina del Sr. Vildósola, que opina que los derechos políticos se han de conceder solo á la *virtud*; ¿pero cómo hemos de conocer esa virtud? ¿por el rosario que algunos, como Jaime el Barbudo, llevan pendiente del cuello? ¿Cree de veras el Sr. Vildósola que nunca está *detrás de la cruz el diablo*? Acepto de todo corazon la doctrina del Sr. Vildósola, pero, para ponerla en práctica, yo le ruego que nos diga si será la papeleta de comunión, ó cuál ha de ser el signo exterior que ha de garantizar las *virtudes* político-electorales.

Y, volviendo al Sr. Castelar, le diré que yo no me apasiono absolutamente del tipo de los *cuatrocientos reales de contribucion* como garantía de capacidad, y aceptaré cualquier otro *talentómetro* que el Sr. Castelar construya para poder medir mejor la aptitud política de los ciudadanos; pero el Sr. Castelar me permitirá que yo continúe creyendo que nuestro censo electoral, si no es absolutamente bueno, es la mejor de

todas las garantías de aptitud reconocidas hasta ahora; y desde luego confesará que fundar en la riqueza la garantía de la inteligencia, de la virtud y de la buena educacion, es bastante más racional que fundarla en la chaqueta de las gentes que andan en mangas de camisa.

Y sigue diciendo el Sr. Castelar:—«Tesis absoluta: el derecho es el *rey*; antítesis democrática: el derecho es el *hombre*; síntesis del Sr. Campoamor: «el derecho es el oro.»

No es eso, Sr. Castelar. El derecho no es el rey como quiere el absolutismo, porque puede ser un tirano, un corrompido: tampoco lo es el hombre, como lo pretende la democracia, porque puede ser un holgazán, un imbécil: el derecho, como decimos los doctrinarios, pertenece á la *virtud* que preconiza el señor Vildósola, á la *inteligencia* que proclama el Sr. Castelar; pero cuya inteligencia y cuya virtud están representadas en este mundo por el trabajo, y cuyo trabajo no tiene más objetivacion, como dicen los filósofos, ó más representacion esterna, como dicen los que hablan claro, que el *oro*, el oro tan calumniado y que sigue al trabajo como la sombra al cuerpo.

—«Todo esto, continúa el Sr. Castelar, no tiene más que un defecto, y es que aquí no hay tesis, ni antítesis, ni síntesis. Yo he creído de buena fé que el Sr. Campoamor se ha burlado de nosotros con sus síntesis; he creído otras veces que nos ha tenido á los pobres por tan poco avisados que no éramos capaces de saber lo que es síntesis; pero no le he hecho nunca la ofensa de juzgar que él creía que su sistema era una síntesis.»—

Antes, francamente, creía que el Sr. Castelar sabía lo que era una síntesis; pero ahora su esplicacion me dá derecho á dudarlo.—«Síntesis es la composicion de un todo por la reunion de partes,» es así que el doctrinarismo, aceptando el *principio de autoridad* del absolutismo, y el derecho de *representacion* de la democracia, forma un sistema, ó lo que es lo mismo, *compone un todo por medio de la reunion de diferentes partes*, luego la doctrina moderada es una síntesis completa; y, lo que es más, filosófica, perfecta, entiéndala ó no la entienda la omnisciencia prematura de mi querido amigo el Sr. D. Emilio Castelar. *Sintético* se aplica á lo que procede componiendo, ó que pasa de las partes al todo. La palabra *synthesis*, y no estrañe el Sr. Castelar que insista tanto en esto, devolviéndole la *lección-cita*, se aplica á toda operacion del entendimiento cuyo objeto esencial es combinar elementos, conocer relaciones, y formar un todo ó conjunto. *Verbi gracia*: se propone el Sr. Castelar asustar á los crédulos de la democracia con los recuerdos de la edad media, y ¿qué hace? coje el cayado de Sixto V, la sábana de Lázaro, las chinélas de Juana de Arco, la coraza de aquella otra pobre Juana que fué condenada á la hoguera de la inquisicion por volar y otros *escesos*, y hé aquí que el Sr. Castelar al confeccionar este fantasma feudal, hace una *synthesis*, una síntesis muy mala, es cierto, pero, en fin, hace una síntesis.

## III.

## DEFINICION DEL MODERANTISMO.

Probado ya que no ignoro lo que es una síntesis, digamos algo más sobre ese conjunto científico-sintético llamado doctrinarismo.

Como el Sr. Castelar no pierde ocasion de desautorizarme á los ojos de sus lectores, dice:

—«Querer conocer la escuela doctrinaria por Campoamor, seria lo mismo que intentar conocer á Sócrates por Diógenes, ó á Hegel por Enrique Heine.»—

En esto estamos de acuerdo. Confieso mi insuficiencia para esplicar dignamente todo el alcance filosófico de la doctrina moderada.

Sin embargo, el talento del Sr. Castelar, que yo tanto estimo y respeto, da muestras de comprender menos que yo esa síntesis suprema, al describirla de este modo:

—«No le pregunteis á esa escuela si está por el *sensualismo* ó por el *espiritualismo*, porque no lo sabe; ni si es *conservadora* ó *revolucionaria*, porque no acierta á *conservar sino destruyendo*, y á caminar sino en retroceso; ni si ama el derecho divino ó el derecho humano, porque en su seno aun no ha penetrado la santa idea del *derecho*; ni si cree *que el Estado debe apoyarse en el hombre ó el hombre en el Estado*, porque no ha comprendido ni las leyes generales de la sociedad, ni la naturaleza del individuo: escuela nacida para turbar los ánimos más bien que para dirigirlos;

destinada, en un instante de marasmo social, á engañar á los mantenedores del absolutismo con una *sombra de monarquía*, y á los mantenedores de la revolucion con una *apariencia de libertad*; la escuela á que el señor Campoamor pertenece yace desolada, sobre un monton de ruinas, consumida por el escepticismo, esa noche del alma.»—

O el Sr. Castelar, cuando habla del partido moderado, no sabe lo que dice, ó no dice lo que sabe. El doctrinarismo es espiritual, sin renegar de la esperiencia: conserva lo nuevo necesario, y destruye lo antiguo que no responde á ninguna necesidad social; reconoce el derecho contrabalanceado por el deber; apoya el Estado en el individuo, amparando al individuo con la fuerza del Estado; rodea la monarquía tradicional con la libertad moderna, creando esas síntesis políticas llamadas gobiernos representativos, ó sea monárquico-constitucionales, que más ó menos espansivamente rigen en la actualidad los destinos de los pueblos más civilizados del mundo.

El moderantismo es el desarrollo de todas, absolutamente de todas las libertades que pueden caber dentro del círculo del orden. Entre el despotismo que dice al pueblo—«cree ó *mueres*,»—la democracia que le aconseja—«cree lo que *quieras*,» estoy por los moderados que le dicen—«cree lo que *debas*.»—Los demócratas aspiran á convertir á todos los hombres en unos genizaros de la libertad.—Los absolutistas consideran á nuestra especie como «un inmenso peloton de carne humana.»—Los moderados dan sus poderes sociales á los mejores, declarando al resto del pueblo «eterno menor.» El *genizaro* repugna, y se le aborrece;

el *bruto* hasta, y se le desprecia; al *menor* se le educa, se le compadece y se le ama.

## IV.

## LA DEMOCRACIA NO PUEDE SER CATÓLICA.

Y, como ya lo habia previsto, el Sr. Castelar en la cuestion religiosa se sale por la tangente.—«Mi religion, dice, es la de Aquel que habiendo criado los cielos y la tierra, *descendió de la eternidad* á romper las cadenas del esclavo, á exaltar la dignidad de la mujer,»—en una palabra, dice, ó quiere decir, «que es cristiano.»—El Sr. Castelar, en la ilusion de su desenfrenada autolatría, cree que nos puede interesar la noticia de la religion que él profesa. Nos es completamente indiferente el saber cuál es su religion *particular*; lo que todos tenemos derecho á preguntarle es, cuál es su religion *oficial*. Si es la religion cristiana, ¿cuál de las trescientas sectas permitirá mi señor mandarín? ¿Permitirá una sola? ¿Nos las permitirá todas? Y ese Dios que con menos habilidad que un tramoyista de teatro hace *bajar* ¿y por qué no subir? de la *eternidad*, ¿ha de ser el Dios en el cual nos *obligará* á creer á todos, ó le será lícito á alguno adorar á cualquiera otro Dios que baje ó suba por el escotillon de lo temporal?

Ya sabemos hasta la saciedad que el Sr. Castelar es *cristiano*, y si lo apuramos acabará por confesar-nos que es *católico*, la parroquia donde oye misa, y las cofradías á que pertenece. Pero todo esto ¿qué le

importa á nadie, vuelvo á repetir? Podria haber algun ortodoxo que abrigase dudas sobre si yo, en materias religiosas, tenia toda la fé que es indispensable tener; pero en todo caso, lo que nadie dudaria es que yo soy un doctrinario invariable, y que, aunque como particular no tuviera fé, como hombre público se la *impondria* á los demás. Los hombres, como yo, de principios fijos, siempre tienen creencias que predicar; cuando al hombre privado le falta la creencia *instintiva*, al hombre público no le puede faltar la creencia de la *lógica*; cuando no tiene fé *orgánica*, halla siempre en su razon la fé *sistemática*.

Al Sr. Castelar le sucede todo lo contrario: como hijo de familia, tiene una fé enorme; pero como ciudadano, tiene una laxitud deplorable. El Sr. Castelar dice: «yo profeso la religion de mis padres; yo soy católico,»—noticia muy interesante por cierto, pero no bastante para ser puesta en letras de molde. ¿Pero el Sr. Castelar es católico á *todo trance*? Si me dice que sí, el Sr. Castelar deja de ser demócrata. Un demócrata *invariable* puede ser un buen católico; un católico á *todo trance*, no puede ser buen demócrata.

La razon es obvia.

Un demócrata *invariable* puede ser católico, pero no *cristiano viejo*, pues tiene que predicar la *libertad de las creencias*, y conceder el mismo respeto que á su culto ¡qué horror! al de los judíos, al de los mahometanos, al de los idólatras, etc., etc. Pero un católico á *todo trance* no puede ser buen demócrata, pues siguiendo los impulsos de su conciencia, tiene que hacerles renegar á todos de toda creencia que no sea la suya, y en esta parte ¡oh dolor! tendrá que negar por

completo á los ciudadanos el derecho de pensar como gusten, la facultad de usar de su *autonomía*.

El dilema no tiene escape.

Ó el Sr. Castelar se decide á ser buen católico y mal demócrata, ó buen demócrata y mal católico. Si lo primero, su religion privada tendrá que erigirla en ley pública, y en su sistema será tan tiránico como el de un doctrinario; si lo segundo, el Sr. Castelar tendrá que tolerar á cada uno la religion que quiera, y en este caso cada conciencia tendrá su ley, y la política será un barullo; cada capricho se fundará en una moral especial, y el orden religioso se convertirá en un campo de Agramante.

No hay remedio: ó el moderantismo, ó sea la libertad con sus limitaciones, ó la democracia con sus inevitables licencias. Ó el criterio de la razon, ó la lógica de los tigres.

## V.

### APOLOGÍA DE LA RIQUEZA.

¡Cuánta injusticia se comete contra los pobres ricos! ¿Creen Vds. que el Sr. Castelar se ha satisfecho con lo que ha dicho en tono declamatorio contra las clases acomodadas? Pues no señor: antes las ha zaherido como tribuno, y en esta catilinaria las quiere confundir como filósofo.

—«¿Quereis ser legisladores? Pues no os basta *poseer la noción del derecho*, haber nacido con una conciencia y una voluntad de origen *divino*, amar la *patria* como se ama á una buena madre, estar dispuestos

al sacrificio; ni la elevacion de la inteligencia, ni la pureza del corazon, valen lo que vale una *renta*; porque todo es como si no fuera, delante del *oro*, suprema inteligencia, divinidad suprema del partido moderado. ¿Quereis ser electores? No basta que seais *ciudadanos*, que con vuestro trabajo contribuyais al enaltecimiento y á la gloria de la nacion, que deis vuestros hijos á la patria, que del pedazo de pan que os toca en suerte compartais la mitad con el Estado; no basta que Dios haya puesto en vuestro sér un rayo de su inteligencia, en vuestro corazon un suspiro de su eterno amor, no basta eso; es necesario para ser hombres, para interesaros en la suerte de la patria, que tengais *oro*, porque el partido moderado cree de origen más alto y más divino *el oro que el alma*. Y esto, Sr. Campoamor, ¿no es inmoral?»

—No, Sr. Castelar; eso no solo no es inmoral, sino que eso es el cauterio de toda inmoralidad. Antes del cristianismo, cuando el trabajo era una vileza, podia haber democracias pobres; pero despues que Jesucristo vino á honrar el trabajo, la libertad no puede menos de ser rica. Antes la indigencia podia ser un titulo de virtud; hoy que el trabajo está santificado por la religion y ennoblecido por el Estado, la miseria con raras escepciones, de desgracia individual, es el resultado de la ociosidad, del vicio y de la ineptitud. Hoy, quien dice pueblo rico, dice pueblo libre; y con respecto á los individuos, solo puede dar independendencia personal la independendencia de fortuna.

¿Séres que, segun el Sr. Castelar, teneis en vuestra cabeza *rayos de inteligencia*, y en vuestro corazon *suspiros de eterno amor*, alumbrad un poco con vues-

tra cabeza, y obrad otro poco con vuestro corazon, y vereis cómo os persigue el oro, ese ciego obediente de la industria; y honrándoos á vosotros mismos, honrareis á vuestro país; y ejercereis derechos, probándonos que sois dignos de ellos, y que Dios no os habia olvidado al repartir entre los hombres los tesoros de la inteligencia y de la dignidad humana; y os levantareis por encima del nivel de esa muchedumbre que aprecia más los despojos de tela que los traperos le regalan que todos los libros de Descartes, de Platon y de San Agustin, y que solo los cree buenos para regalárselos á los traperos!

¿Quereis ser electores, caballeros los que, segun el Sr. Castelar, teneis *elevacion de inteligencia y pureza de corazon*? Pues con solo que deis muestra de una inteligencia regular, y de una virtud mediana, la sociedad por una ley tan invariable como la de la gravitacion, dejará caer en vuestro regazo desde la mesa del festin de los mejores, una *renta* equivalente al mérito de vuestra inteligencia y de vuestra virtud, y con ella os codeareis con los nobles; y otras veces sereis tan inviolables como los reyes; y os librareis de la ignorancia, esa servidumbre del alma, y tambien de la miseria, esa esclavitud del cuerpo, ambas hijas de la ociosidad, hermanas de la bajeza y madres del despotismo.

El siglo de la laboriosidad ha desterrado del mundo las Espartas de los andrajos. Cuando la miseria está muy estendida, la inmoralidad es general. Hoy la miseria es más corruptora que la opulencia de alguna de las repúblicas de Grecia, y más corruptible que la esclavitud de Roma.

Con respecto á los individuos, la miseria es un signo probable de ineptitud: con relacion á los pueblos, los grados de pobreza marcan infaliblemente los grados de su degradacion.

## VI.

## LLAMAMIENTO Á LAS CLASES ACOMODADAS.

Ultimamente, para que no haya castigo á que el Sr. Castelar no me condene, me designa de este modo al furor de las masas populares:

—«De todo lo que escribe, lo único que veo claro es que el Sr. Campoamor quiere para el pueblo un bozal. Ven, pueblo, arrodíllate, hunde la frente en el polvo, no respíres; pues ese poeta, porque sabe escribir buenas *doloras*, porque le han dicho, con razon, que es inteligente, porque han aplaudido sus felices consonantes, ya te cree á ti, que has cantado el *Romancero*, que has inspirado el teatro, que has escrito con sangre de tus venas la Iliada de la guerra de la independencía, que das tus hijos para que sirvan á la patria, que has trasformado con tu trabajo la tierra, que llevas en tus brazos más bien que todos los sofistas y argumentadores en su inteligencia, que haces brotar más torrentes de vida con tu azadon que ellos con sus plumas consagradas al error y al mal, y por lo mismo estériles, te cree destinado á darle muchos tributos, muchos soldados, muchos regalos, y en cambio á llevar un bozal en la boca, una cadena en el cuello; capaz de todos los deberes, pero incapaz de

justicia y derechos, como si tu alma no fuera hija tambien de los cielos.»

No, pueblo mio; yo no quiero para ti un bozal; yo á lo que aspiro es á parapetar el orden social tras un dique que contenga los torrentes de ideas insensatas, de elucubraciones siniestras, de pasiones indignas y de veleidades perniciosas, que, cuando el mundo entra en fiebre, suelen amenazar á la civilizacion de un diluvio general; diluvio que nos amenaza en todas las épocas y en todos los países, lo mismo en el Oriente que en el Occidente, así en Egipto en los siglos primeros de la Iglesia, como en Alemania, en Inglaterra y en Francia, en los siglos xvi, xvii y xviii: diluvio que siempre comienza con querer hacer naufragar la sociedad civil, ó lo que es lo mismo, se inaugura constantemente pidiendo la abolicion de la propiedad individual, imperio de nuestra inteligencia; la doméstica, campo de nuestro corazon; y la hereditaria, conquista de nuestro legítimo orgullo de familia.

Ayúdame, pueblo, á salvar de un naufragio cierto las instituciones políticas que hacen un sagrado de tu campo, fruto de tu trabajo, que divinizan la familia, que es la raiz misma de tu corazon, y te amparan en los derechos que has conquistado con tu inteligencia.

Es menester que estemos siempre prevenidos contra todas esas irrupciones que empiezan llamándose democráticas y que concluyen por ser francamente socialistas y comunistas; y que de cuando en cuando fermentan en los antros sociales por esa levadura de cierto malestar, que es inherente á nuestra naturaleza humana, y que despues de una ebullicion tempestuosa, salen á la superficie, zapando la moral, cuarteando el



derecho, nivelando las gerarquias, confundiendo el mal y el bien, lo justo y lo injusto, y estableciendo un desórden, confuso como el caos, descolorido como la nada, y que se agita ciego, tempestuoso, incesante, como un océano de volcanes, como un infierno en delirio.

Echemos luz en el caos social, disipando la confu- sion y separando, como dice la Escritura, «el grano de la paja.» Seamos dignos de la libertad, reprimiendo con energía lo mismo las pérfidas usurpaciones de arriba, que las perversas invasiones de las clases ba- jas. Fuertes con la madurez de la esperiencia, y cons- tantes con la firmeza temperante que inspira una con- viccion sincera, apliquemos el nivel de una equidad desapasionada á todos los elementos sociales, desig- nando á cada uno su puesto de honor; llamando á las cosas por su verdadero nombre, y fijando á las pala- bras su más genuino sentido; realizando nuestras ideas con esa economía de entusiasmo que escluye todos los caprichos; respetando todos los derechos; admitiendo á discusion todas las necesidades legítimas; protegien- do todos los intereses creados á la sombra de la ley; conjurando, en fin, á que vuelvan á sumirse en los antros de donde no han debido salir nunca, á esos dos espectros que hace tantos siglos que aterran al mundo civilizado, y que huirán ante el fulgor de la doctrina moderada, como las antiguas preocupaciones ante la ley del Evangelio: el egoismo de los reyes y el fana- tismo de los pueblos!

## ARTICULO VIII.

I.—Satisfacciones.—II. La igualdad ante la ley no es la igualdad política.—III. La economía política ¿es ciencia?—IV. Cuál partido es más moral.—V. Otras satisfacciones.—VI. Derecho al sufragio.— VII. La desigualdad es una ley natural.—VIII. Sufragio universal. Soberanía nacional.—IX. No puede haber democracia sin repú- blica.

### I.

#### SATISFACCIONES.

Como tengo toda la razon, me he propuesto callar el último. Y aunque el Sr. Castelar se ha marchado casi sin despedirse de mí, yo no quiero alejarme sin darle un adios cariñoso.

¡Mal haya una polémica que ha puesto de no muy buen humor á un amigo mio! Solo me consuela la idea de que el mal humor no es justo. Yo, en esta liza lite- raria, representante, si no oficial, al menos oficioso del partido moderado, cuando sólo se trataba de dar ó recibir estocadas académicas, ó á lo más, á lo más, algun bofeton científico, hé aquí que el Sr. Castelar convierte nuestro asalto floral en un duelo á muerte, y cegado sin duda por el ardor de sus pocos años, ataca en el corazon á un amigo que, si se hubiera de-